

## Introducción

### AMÉRICA LATINA Y OTRO MODO DE CONTAR LA HISTORIA

A lo largo y ancho de América Latina, grupos de vecinos, campesinos, indígenas, pequeños productores, intelectuales, profesores universitarios, técnicos, políticos de izquierda y centro izquierda, ambientalistas, activistas de derechos humanos, sindicalistas, estudiantes, religiosos y laicos se unen en protestas en contra de emprendimientos científico-tecnológicos que involucran la explotación intensiva de recursos naturales: agua, madera, cultivos agrícolas, minerales, suelo. Los latinoamericanos manifiestan su oposición a los transgénicos, a los biocombustibles, a la producción de pasta de papel, a la tecnología nuclear, a los tendidos eléctricos, a los gasoductos, a la minería de oro, de uranio, de litio. En muchos casos se oyen consignas y *slogans* como «No al saqueo contaminante»; «El agua vale más que el oro»; «El Huaracocha no se vende, se defiende»; «Nos venden espejitos de colores»; «Vienen por el oro, vienen por todo»; «Argentina, república sojera». Ambientalistas argentinos que se oponen a una planta de pasta de celulosa instalada en territorio uruguayo, sobre el río limítrofe entre ambos países, citan al prócer máximo oriental, José Artigas: «No venderé el rico patrimonio de los uruguayos al precio vil de la necesidad». Un funcionario del gobierno de Bolivia advierte, con respecto a la explotación del litio en su país: «El anterior modo imperialista de explotación de nuestros recursos no se repetirá nunca más en Bolivia».

La denuncia del «despojo», del «saqueo», del «expolio», de la «depredación» de bienes compartidos, por parte de actores extranjeros, es una constante en las protestas. En esas voces resuenan los ecos de una manera de entender la historia de América Latina que resulta de una larga elaboración a lo largo del siglo xx, con fuertes componentes anti-imperialistas y un sentido latinoamericanista. También, con una conciencia de la fragilidad de la naturaleza que puede considerarse precursora de ciertos discursos ambientalistas. Es una narración tan extendida y tan arraigada, que resulta muy fácil de evocar: por eso alcanza con una breve consigna para traerla al ruedo y generar adhesiones.

En este libro nos proponemos analizar la emergencia y consolidación de esta manera de contar la historia de la región plenamente vigente en momentos en que dis-

tintos movimientos sociales hacen reclamos que tienen tanto aspectos sociales como ambientales. De hecho, la observación que da origen a este trabajo se basa en nuestra investigación acerca del «caso papeleras», la controversia ambiental en la frontera entre el Uruguay y la Argentina iniciada en 2003, donde comprobamos la re-emergencia de este discurso.<sup>1</sup> Esta controversia ganó gran visibilidad pública en 2005, debido a la fuerte oposición de ciertas poblaciones argentinas a los planes de dos empresas transnacionales con sede en Europa —la española Ence y la finlandesa Botnia— de instalar dos grandes plantas de producción de pasta de celulosa en la localidad uruguaya de Fray Bentos, a la vera del río Uruguay, frontera natural entre los dos países. El epicentro de la protesta fue —y sigue siendo, dado que la controversia no se ha cerrado al completar este libro— la ciudad de Gualeguaychú, en la provincia argentina de Entre Ríos, dedicada sobre todo a la actividad agrícola y el turismo, donde prácticamente todos los sectores sociales se movilizaron en contra de los emprendimientos industriales. Allí se constituyó una organización de movimiento social, la Asamblea Ciudadana Ambiental de Gualeguaychú (ACAG), actor clave en la movilización y eje de una red transnacional de apoyo, en la terminología de las investigadoras norteamericanas Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink, es decir, una red de actores nacionales e internacionales que tuvieron actuación en la protesta.

En determinado momento de su desarrollo —especialmente, durante la primera mitad de 2006— la controversia pareció seguir la frontera bi-nacional, observándose que, en general, la opinión pública uruguaya adoptaba una actitud que ciertos autores caracterizaron como «productivista», apoyando la instalación de las plantas y la decisión que había adoptado su gobierno de autorizar su construcción; mientras que la opinión pública argentina parecía adoptar mayoritariamente una actitud «ambientalista», en contra de las mismas, y apoyando la protesta diplomática presentada por el gobierno de su país. De hecho, en el movimiento social que surgió en Gualeguaychú, pudieron observarse los clásicos marcos interpretativos de las disputas ambientales, con su preocupación por las cuestiones de riesgo y de distribución riesgo-beneficio: el problema de la potencial contaminación, y los costos sociales, ambientales y económicos de la misma. Sin embargo, aún en los momentos más álgidos del enfrentamiento diplomático entre la Argentina y el Uruguay —uno de los más serios en la historia de su relación— activistas ambientalistas y sociales de ambos países siguieron en contacto y coordinando acciones de protesta, como había sucedido en los inicios de la controversia, cuando activistas uruguayos que se habían opuesto tempranamente a los proyectos alertaron a los argentinos, dado que el gobierno uruguayo no respondía a sus protestas. Evidentemente, continuaban entendiendo la situación de una manera similar.

Al seguir el desarrollo de la controversia pudo observarse que, entre los elementos que habían permitido el sostenido acercamiento de los activistas de ambos países, se

---

<sup>1</sup> Estos comentarios se basan en nuestro trabajo de investigación sobre la controversia. Véase: Ana María Vara, «La estrategia boomerang»; «Para curarse en salud»; «Sí a la vida, no las papeleras».

destacaba el hecho de que compartían un mismo marco interpretativo o *framing*. Dentro del área de estudios de los movimientos sociales, autores como Snow *et al.*, citando a Erving Goffman, definen la noción de *framing* como «‘esquemas interpretativos’ que permiten a los individuos ‘localizar, percibir, identificar y dar nombre’ a sucesos de su vida local o del mundo». <sup>2</sup> Estos marcos interpretativos compartidos son fundamentales para que los integrantes de los movimientos sociales puedan responder de manera conjunta a los cambios que amenazan su modo de vida: «Al dar significado a los eventos o sucesos, los marcos interpretativos permiten organizar la experiencia y guían las acciones, tanto individuales como colectivas» (464). En muchos de los textos y consignas producidos por integrantes del movimiento social que se oponía a la instalación de las plantas de celulosa, se percibían las marcas de un discurso anti-imperialista, que permitía a los activistas uruguayos y argentinos superar la percepción del conflicto como bi-nacional, para entenderlo como el de pueblos dependientes que resultaban igualmente, hermanadamente, sometidos a los intereses de actores de los países centrales. Esas marcas se advertían, por ejemplo, en consignas de claro tono anti-imperialista como «Botnia, go home», frase con que se embanderó el puente internacional que une las ciudades de Fray Bentos y Gualaguaychú en una marcha que reunió a más de cien mil personas en 2007; o, como dijimos, en las pancartas que repetían las palabras de Artigas. Otro aspecto en que se notaban las marcas de ese discurso era la insistente preocupación por el uso de un recurso natural presentado como escaso y valioso, el agua, por el que las empresas transnacionales tendrían especial interés. Esta manera de hablar del agua se observaba en expertos y en legos, en argentinos y en uruguayos: aparecía tanto en la folletería de la Asamblea de Gualaguaychú como en informes de científicos locales, entre ellos, de investigadores de la Universidad de la República, la casa de estudios superiores de más prestigio del Uruguay.

Un segundo aspecto al que se refieren Snow *et al.* cuando discuten las cuestiones de marco interpretativo y de alineación de marcos interpretativos —es decir, los procesos de producción, difusión, negociación y reformulación de significados que permiten articular las visiones y acciones de los activistas— es la noción de ciclos de protesta, que toman de Sydney Tarrow. Estos ciclos históricos de protesta pueden ir asociados con marcos interpretativos maestros o *master frames*, los que «no sólo inspiran y justifican la acción colectiva, sino que también dan significado y legitiman las tácticas». Estos autores sostienen que algunos discursos elaborados en un ciclo de protesta pueden ser utilizados en momentos sucesivos, debido a que algunos movimientos «funcionan como progenitores de marcos interpretativos maestros que proveen un anclaje ideacional e interpretativo para movimientos posteriores en el ciclo de protesta» (Snow *et al.*, 477).

Como decíamos, del análisis de muchas de las consignas del movimiento social con epicentro en Gualaguaychú surgía un marco interpretativo maestro elaborado

---

<sup>2</sup> En este caso y a lo largo de todo el libro, las citas tomadas de artículos o libros consultados en otras lenguas han sido traducidas por la autora.

previamente. Resonaban en sus consignas los ecos de un discurso anti-imperialista y latinoamericanista: la denuncia de las condiciones de explotación colonial pero, sobre todo, neocolonial en relación con los recursos naturales de la región. Un discurso que, creemos, alcanzó su momento de explicitud y desarrollo pleno en el libro de mayor éxito del escritor uruguayo Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, publicado en 1971, y al que nos referiremos más *in extenso* seguidamente. Así cuenta la historia de la región el primer párrafo de esta obra, resumiendo los aspectos centrales de ese discurso:

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones. Éste ya no es el reino de las maravillas donde la realidad derrotaba a la fábula y la imaginación era humillada por los trofeos de la conquista, los yacimientos de oro y las montañas de plata. Pero la región sigue trabajando de sirvienta. Continúa existiendo al servicio de las necesidades ajenas, como fuente y reserva del petróleo y el hierro, el cobre y la carne, las frutas y el café, las materias primas y los alimentos con destino a los países ricos que ganan, consumiéndolos, mucho más de lo que América Latina gana produciéndolos (1).

De hecho, Galeano había sido uno de los intelectuales que se involucraron tempranamente en las protestas del «caso papeleras»; entre otras acciones, fue signatario de una declaración pública presentada en el Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2003. Por otra parte, él mismo había enmarcado la comprensión de la controversia muy claramente en este discurso en algunos textos. Como publicó en 2006 en una nota de opinión en un diario porteño, en su visión podrían vincularse las viejas explotaciones del oro y la plata, las menos viejas del azúcar o el cacao, las más recientes de la deuda externa, con las novísimas de los cultivos transgénicos y la celulosa: todas ellas, prometiendo esplendores, dejaron a América Latina más pobre y sufriente que antes. Así decía Galeano sobre las nuevas controversias:

Según la voz de mando, nuestros países deben creer en la libertad de comercio (aunque no exista), honrar la deuda (aunque sea deshonrosa), atraer inversiones (aunque sean indignas) y entrar al mundo (aunque sea por la puerta de servicio).

Entrar al mundo: el mundo es el mercado. El mercado mundial, donde se compran países. Nada de nuevo. América latina nació para obedecerlo, cuando el mercado mundial todavía no se llamaba así, y mal que bien seguimos atados al deber de obediencia.

Esta triste rutina de los siglos empezó con el oro y la plata y siguió con el azúcar, el tabaco, el guano, el salitre, el cobre, el estaño, el caucho, el cacao, la banana, el café, el petróleo... ¿Qué nos dejaron esos esplendores? Nos dejaron sin herencia ni querencia. Jardines convertidos en desiertos, campos abandonados, montañas agujereadas, aguas podridas, largas caravanas de infelices condenados a la muerte temprana, vacíos palacios donde deambulan fantasmas.

Ahora es el turno de la soja transgénica y de la celulosa. Y otra vez se repite la historia de las glorias fugaces, que al son de sus trompetas nos anuncian desdichas largas. («Salvavidas de plomo»).

Identificar la obra de Galeano, entonces, representó una etapa clave en nuestra búsqueda del marco interpretativo maestro que informaba las consignas anti-imperialistas que habíamos encontrado en la controversia sobre las pasteras. En este punto, consideramos pertinente revelar una suerte de traducción entre disciplinas, que ya hemos anticipado tácitamente. Partiendo de terminología del estudio de los movimientos sociales, querríamos acercarnos a los estudios literarios, vinculando la noción de marco interpretativo maestro con la de «discurso hegemónico», propuesta por el crítico literario Roberto González Echevarría, quien postula la existencia de tres discursos de este tipo en la narrativa latinoamericana: el «legal» durante el período colonial; el «científico» durante el siglo XIX hasta la crisis de la década del veinte; y el «antropológico», que sitúa desde esa década hasta la publicación de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier en 1949 y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez en 1967. En la definición de González Echevarría, un «discurso hegemónico» es aquél «apoyado por una disciplina, o que conforma un sistema, y que ofrece la descripción más generalizada de la humanidad, así como da cuenta de las creencias más extendidas de la intelligentsia» (*Myth and Archive*, 41). La popularidad y circulación de este tipo de discurso depende de su capacidad para imponerse a los miembros de una comunidad como un modo de entender el mundo, en la medida en que «el prestigio y el poder socio-político dan circulación a estas formas del discurso». Contrariamente, cuando estos discursos pierden su valor y son abandonados, devienen «meros relatos míticos, vacíos de poder en el presente».

Este desplazamiento entre disciplinas, de la sociología a los estudios literarios, tiene que ver con que creemos y nos proponemos demostrar a lo largo de este libro, que el origen del marco interpretativo que hoy está sonando tan fuerte en las protestas ambientales en América Latina está en la literatura. En la mente creativa de novelistas, poetas, cuentistas y periodistas inspirados, comprometidos, que en las primeras décadas del siglo XX elaboraron, colectivamente, una manera de contar ciertas historias locales que llegaría a constituirse como una forma radicalmente alternativa para entender la situación de la región. Un discurso de denuncia anti-imperialista que encarna un sistema, al que hemos dado en llamar *contra-discurso neocolonial de los recursos naturales*, aproximando las nociones de imperialismo y neocolonialismo. Se trata de otro modo de contar la historia de América Latina, que se presenta como una respuesta beligerante a las narrativas de progreso, libertad y unidad nacional que dominaron en los países de la región desde los tiempos de las guerras de Independencia, y a las que se propone desenmascarar.

Preferimos la denominación «neocolonial» en lugar de «post-colonial», más en boga recientemente, porque, como veremos, el discurso que nos interesa establece una clara distinción entre dos períodos de la historia de América Latina: el colonial, relacio-

nado con las dominación española y portuguesa, y caracterizado por una dependencia formal; y el neocolonial, marcado por el predominio informal de Gran Bretaña y los Estados Unidos, fundamentalmente. Aunque no es posible hacer en este trabajo una discusión acabada sobre la relación de los llamados estudios poscoloniales y los estudios latinoamericanos, creemos que esa perspectiva teórica no da cuenta de manera directa de ciertas peculiaridades de la historia de la región, como la periodización mencionada. De todos modos, valorizamos la reflexión de los primeros sobre la problemática del colonialismo y la resistencia al mismo; por eso incorporamos en nuestro análisis trabajos de una de sus figuras centrales, el investigador palestino-norteamericano Edward Said. En este aspecto, entonces, seguimos la propuesta de la crítica norteamericana Mary Louise Pratt en su libro *Imperial Eyes*, acerca de la literatura de viajes sobre América Latina, quien considera el «neocolonialismo» como «la última etapa del imperialismo» basándose en las ideas del líder de la independencia de Ghana y pensador pan-africanista Kwame Nkrumah. Pratt destaca el carácter paradójico de la situación de sometimiento en la que se encuentran países formalmente independientes pero informalmente dependientes, que persiguen un ideal de progreso que resulta inalcanzable, debido a la posición de esos países en el mismo sistema que lo propone. Es un dilema que no tiene resolución para los Estados periféricos y semi-periféricos: «Mientras que la modernidad imagina un proceso progresivo que va a hacer a todas las naciones igualmente modernas, el neocolonialismo limita las habilidades del estado para desarrollarse. Los frutos de la productividad fluyen hacia afuera, en dirección de los bolsillos de los inversores del extranjero» (226).

En este punto, quisiéramos retomar otros tres aspectos de la definición de «discurso» de González Echevarría. El primero tiene que ver no sólo con la circulación sino, sobre todo, con la recepción activa de estos marcos interpretativos por parte de los miembros de distintos grupos sociales. En la medida en que, en estos discursos, los miembros de una comunidad encuentran patrones para comprender la «realidad» que les resultan transparentes, invisibles, estos discursos ordenan la percepción e imponen una interpretación sin hacerse notar. Así lo explica González Echevarría: «el individuo encuentra relatos sobre sí mismo y sobre el mundo que encuentra aceptables y, en cierto modo, obedece» (*Myth and Archive*, 41). El segundo aspecto de la definición de este crítico sobre el que quisiéramos detenernos tiene que ver con el origen de estos marcos interpretativos: a diferencia de los que caracteriza, el discurso sobre el que nos proponemos trabajar no llegaría «desde afuera» (*Myth and Archive*, 41); sino que surgiría, creemos, de manera predominante a partir de la reflexión sobre la propia historia de la región, resignificando elementos tomados de doctrinas de izquierda, como el anarquismo, el socialismo y el marxismo. El tercer rasgo que queremos considerar tiene que ver con el calificativo de «hegemónico» que usa González Echevarría. En el caso del discurso que nos interesa, si bien se trata de un marco interpretativo que se impone a los miembros de la comunidad y que por eso podría caracterizarse como hegemónico siguiendo esa terminología, creemos que resulta más adecuado calificarlo de anti-

hegemónico, por estar asociado con movimientos alternativos o anti-sistémicos. Por ese motivo lo denominamos «contra-discurso».

Para cerrar estas consideraciones teórico-metodológicas, volvemos a la obra de Pratt, que nuevamente resulta relevante para nuestro trabajo en función de la terminología que presenta, aunque en este caso no seguiremos su sugerencia. Citando a Fernando Ortiz y a Ángel Rama, Pratt habla de «transculturación» para referirse a las reelaboraciones que poblaciones dominadas realizan de elementos tomados de culturas dominantes, proceso que controlan en alguna medida: «Mientras que los pueblos subyugados no pueden controlar fácilmente lo que la cultura dominante les impone, sí pueden determinar, con diversos alcances, qué aspectos absorben en la suya, cómo los usan y qué significado les atribuyen» (7). Podría decirse que el discurso que nos ocupa es resultado de un proceso de transculturación, en la medida en que incorpora elementos de origen europeo y los combina con elementos locales. Sin embargo, preferimos no apoyarnos en esta terminología porque consideramos que su origen en la antropología de la primera mitad del siglo xx la ha cargado de un sustrato de visión dicotómica entre culturas primitivas y civilizadas que no nos parece pertinente en nuestro trabajo, aun teniendo presente la reelaboración de Rama en su obra *Transculturación narrativa en América Latina*. En este aspecto, compartimos la crítica de John Beverly cuando señala la vinculación de estos procesos culturales con los de construcción de la idea de nación: «La transculturación funciona para Rama (como antes para Ortiz) como una *teleología*, no sin momentos de violencia, pérdida y desamparo, pero necesaria en última instancia para la formación de una cultura ‘nacional’ o latinoamericana» («Siete aproximaciones», 269-270). Veremos que el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales cuestiona fuertemente la idea misma de la construcción de la nación, de manera coherente con su orientación anti-hegemónica.

El contra-discurso neocolonial de los recursos naturales emerge inicialmente en las primeras décadas del siglo xx, en momentos de grandes transformaciones socio-económicas y en relación con redes de intelectuales de izquierda, y se basa en una matriz narrativa que asocia cuatro elementos: un recurso natural presentado como un bien de gran valor, un grupo social vinculado a ese recurso e igualmente explotado, un explotador extranjero y un cómplice local. La relación entre estos elementos es de usufructo hasta la extenuación, tanto de los recursos naturales como de los recursos humanos: por lo tanto, no prevé otra salida que la rebelión, que a su vez puede ser reprimida de manera violenta.

Un breve ejemplo de este discurso en sus inicios es el primer epígrafe de este libro, el poema «Caña», del cubano Nicolás Guillén, publicado en 1930 y recopilado en el libro *Sóngoro cosongo* (1931), que presenta los elementos constitutivos en su mínima expresión: «El negro / junto al cañaveral. // El yanqui / sobre el cañaveral. // La tierra / bajo el cañaveral. // ¡Sangre que se nos va!» (Guillén, 1976: 84). En este poema, las preposiciones dan la clave de la relación entre los elementos mencionados: un recurso natural, «el cañaveral», es igualado a un recurso humano asociado a su producción, «el negro», tanto

por la frase prepositiva «junto a» como por la metáfora final de la sangre, que representa la riqueza, la vitalidad, que se pierde. O, más precisamente, que se llevan, en tanto hay un extranjero, «el yanqui», que está «sobre» el cañaveral, es decir, que lo domina, que se lo ha apropiado. Hay también una alusión a un colectivo que integran la voz poética y el destinatario del mensaje, presente en el dativo de interés «nos», que alude a una patria compartida. El tono también es relevante: la exclamación del final trasunta un sentimiento de dolor e indignación ante la pérdida colectiva.

En tanto que marco interpretativo maestro, este contra-discurso reaparecería con posterioridad, en nuevos ciclos de protesta o de insurgencia. Es así como lo encontramos asociado a un movimiento revolucionario como la Revolución Cubana, como queda de manifiesto en otro poema de Guillén, ya convertido en poeta oficial de la revolución. Escrito en 1963 para responder a la iniciativa norteamericana de la Alianza del Progreso, «Crecen altas las flores» resume, en un tramo clave, la historia de América Latina en términos de un reiterado despojo de distintos recursos naturales. No habla ya de una única materia prima, un paisaje o un país, sino de la plétora de recursos de la región, muy valiosos económicamente; refiriéndose a los grupos sociales explotados como indígenas, evocando el tiempo colonial para aludir a la situación neocolonial; e igualando a personas y naturaleza, nuevamente, con la metáfora de la sangre, que marca simultáneamente su valor y su condición de explotados. Otra vez hay un colectivo aludido a través de la primera persona del plural, pero en este caso no es una patria nacional sino latinoamericana, marcando un momento de madurez y auto-conciencia de este modo de entender la historia de la región:

Pero como tenemos bosques y cafetales,  
 hierro, carbón, petróleo, cobre, cañaverales,  
 (lo que en dólares quiere decir muchos millones)  
 no importa que seamos quechuas o motilonos.  
 Vienen pues a ayudarnos para que progreseemos  
 y en pago de su ayuda nuestra sangre les demos.<sup>3</sup>

Como adelantamos, el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales alcanzaría su mayor desarrollo, formulación explícita y amplia circulación en el citado libro de Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*. Este largo ensayo, que abarca un abanico temporal de cinco siglos y se despliega por diversos puntos de la región en relación con el período colonial y dos períodos neocoloniales (el británico y el norteamericano), construye una meta-narrativa a partir de un sinnúmero de relatos históricos, de

---

3 «Caña» y «Crecen altas las flores» no son los únicos poemas de Guillén que pueden considerarse representativos del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales. También lo evocan poemas como «Agua del recuerdo...» de *El son entero* (1933); «West Indies Ltd.», recopilado en el volumen del mismo nombre (1934); «Mi patria es dulce por fuera» y «Sudor y látigo», de *El son entero* (1947). En la poesía cubana puede encontrarse una línea muy productiva en torno a la reflexión sobre la explotación de la caña de azúcar, el recurso natural que simboliza la nación, que culmina en trabajos como «Pequeña historia de Cuba» (2002), de Eliseo Diego.

los que se nutre y a los que, en movimiento reflejo, ilumina retrospectivamente.<sup>4</sup> De este modo, este discurso comprendería aproximadamente el mismo período que González Echevarría establece para el «discurso antropológico». Sin embargo, no pretendemos postular, como hace este autor, que este marco interpretativo maestro domina todo el período. Creemos que se trata de un discurso que tiene amplia circulación pero que no es omnipresente ni único. Antes bien, por ser anti-hegemónico, este discurso dialoga y entra en tensión con otros, como los propios discursos imperiales que tienden a ver la región como una fuente de riquezas que no tienen dueño y pueden, por lo tanto, ser apropiadas: los «ojos imperiales» de los que habla Pratt, la mirada aludida en el segundo epígrafe de este libro, tomado de la *Environmental History of Latin America* de Shawn William Miller (220). Asimismo, como veremos, nuestro contra-discurso discute y cuestiona los discursos dominantes en cada país en relación con los procesos de constitución de cada una de las naciones latinoamericanas, marcados por las ideas de autonomía, de unidad y de progreso.

En el capítulo 1 estableceremos una caracterización del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales a partir del análisis de *Las venas abiertas*, en la medida en esta obra, un ensayo afín a las teorías dependencistas de los sesenta y setenta, representa un antecedente relativamente inmediato y, en todo caso, el más reconocible para los lectores contemporáneos, de esta manera de entender la historia latinoamericana como marcada por sucesivas intromisiones extranjeras en busca de las materias primas de la región. *Las venas abiertas* es una suerte de recopilación de casos ocurridos a lo largo y ancho de América Latina, en relación con dos etapas de su historia y con distintos recursos: los metales preciosos, en tiempos coloniales; y el cacao, el azúcar, el café, el cobre o el petróleo, en tiempos neocoloniales. Desde ese largo ensayo interpretativo, emprenderemos la búsqueda corriente arriba de las fuentes de este contra-discurso en las primeras cuatro décadas del siglo xx, a través del análisis de obras que construyen narrativas que vinculan la explotación de un recurso natural con la de un grupo social, por parte de un explotador extranjero, con la ayuda de cómplices locales. En este capítulo también nos detendremos en los aspectos socio-históricos que hicieron posible la emergencia y consolidación de este contra-discurso en momentos en que se producía un proceso de modernización e inserción de las economías de la región en el comercio internacional, en consonancia con transformaciones culturales, tecnológicas, demográficas y políticas que impactan tanto en las ciudades como en las diversas áreas rurales de la región. Veremos que una de sus condiciones de posibilidad es el surgimiento de nueva figura de intelectual, el escritor profesional, que escribe para el público de las ciudades, ampliado por los esfuerzos de alfabetización desde arriba, promovidos por las elites liberales; y, desde abajo, impulsados por los movimientos de izquierda.

---

4 En relación con este tipo de proyecciones retrospectivas, es inevitable evocar el texto de Jorge Luis Borges «Kafka y sus precursores», según el cual la narrativa de Franz Kafka habría permitido redescubrir elementos «kafkianos» en autores previos (Borges, 145-148).

Dominará el capítulo 2 la figura de Rafael Barrett, un intelectual español, representante temprano de la generación del 98, que recaló en América del Sur entre 1903 y 1910, donde dejó una huella importante en el periodismo, la literatura y la cultura de izquierda, en particular del Paraguay, la Argentina y el Uruguay. El escritor paraguayo Augusto Roa Bastos ha catalogado a Barrett como uno de los fundadores de la literatura de ese país en su vertiente «social», además de una importante influencia en la literatura argentina, sobre todo, en el llamado grupo de escritores de Boedo y en Horacio Quiroga, en particular. También es un autor que, pese a haber sido celebrado por sus contemporáneos —entre ellos por Enrique Rodó o Ramiro de Maeztu— e incluso a pesar de haber representado una figura de culto para la izquierda del Cono Sur, ha sido poco analizado en términos académicos. Por esta razón, le dedicaremos dos capítulos, que harán un recorrido bastante detallado sobre su obra y su pensamiento.

La obra de Barrett da cuenta de un momento en que se profundiza la inserción de la cuenca del Plata en el imperio británico y el papel de Buenos Aires como correa transmisora del imperialismo hacia el interior del continente. La ciudad representa entonces la capital periférica que monopoliza el intercambio entre centro y periferia, sobre todo por su papel de nudo agro-exportador, facilitado por el control de las vías de comunicación naturales y artificiales —los ríos, la red de ferrocarriles—. Consideramos a Barrett uno de los iniciadores de este nuevo modo de hablar sobre la situación dependiente de América Latina, uno de los autores clave en la construcción del contra-discurso que nos ocupa. Analizaremos en este capítulo la serie de artículos periodísticos publicados originalmente en Asunción en 1908 y compilados con el título *Lo que son los yerbales paraguayos* en Montevideo en 1910. Se trata de la obra más conocida de Barrett y representa una fuerte denuncia de las condiciones de explotación de los trabajadores de los yerbales, en la zona de la triple frontera entre Paraguay, Argentina y Brasil. También incluiremos el análisis del folleto *El terror argentino*, publicado en Asunción en 1910. Motivado por la represión desatada sobre el movimiento anarquista por el gobierno argentino, este texto traza un acabado cuadro de la posición de Buenos Aires como articuladora de la cuenca del Plata al mercado internacional.

Continuaremos nuestro análisis de la obra de Barrett en el capítulo 3, donde nos concentraremos en la consideración de trabajos periodísticos publicados inicialmente en Buenos Aires, Asunción y Montevideo, y compilados en su mayoría de manera póstuma, en los libros *Moralidades actuales* (1910), *El dolor paraguayo* (1911), y *Mirando vivir* (1912). Destacan las crónicas que dan cuenta de una comprensión más amplia de la situación neocolonial de América Latina, donde el dominio británico comienza a ser desafiado por el imperialismo norteamericano. En este aspecto, hay una cercanía entre los intelectuales españoles y los latinoamericanos, facilitada por una comprensión similar del creciente papel intervencionista de los Estados Unidos, cuyo comienzo se vincula con la Guerra de Cuba. Por otra parte, Barrett pondrá la situación de la región en perspectiva, al situarla en el panorama internacional de la nueva expansión imperialista de las naciones europeas también en Asia y África, haciendo filosas observaciones sobre

la guerra ruso-japonesa o la sangrienta explotación del caucho en el Congo belga. Barrett describe el racismo como contracara del imperialismo y de la imposición militar del libre comercio, fundamenta su anarquismo, reflexiona sobre su lugar como intelectual, y se detiene en las bellezas y los dolores del Paraguay, que llegaría a ser su país por opción afectiva. También analizaremos brevemente algunos cuentos de Barrett, recopilados en el volumen *Cuentos breves. Del natural* (1911), los que exhiben un estilo que combina elementos del naturalismo con el modernismo, anticipándose a la literatura social de la Argentina.

Asimismo, en este capítulo vincularemos la obra de Barrett con un corpus de relatos de Quiroga, con el que consideramos que se establece un diálogo revelador. El análisis contrastivo de cuatro relatos de Quiroga —la novela corta *Las fieras cómplices*, publicada en 1908, en relación con los cuentos «Los mensú» (1914), «Una bofetada» (1916) y «Los precursores» (1929)— permite dar cuenta de un cambio en el modo de pensar la situación neocolonial de la triple frontera de la selva misionera en la narrativa del uruguayo. Este cambio deja de manifiesto una significativa proximidad entre la obra de Barrett y la de Quiroga, en la que la crítica casi no ha reparado, y permite colocar a Quiroga entre los escritores que tempranamente contribuyeron a la construcción de una nueva manera de entender la historia latinoamericana. Para confirmar esta adscripción, nos apoyaremos también en una lectura, casi una reescritura, dos de esos cuentos de Quiroga por parte de otro uruguayo, Juan Carlos Onetti, en un trabajo periodístico de la década del ochenta, cerrando el círculo de las derivas de género: de la denuncia periodística de Barrett a los cuentos de Quiroga y, de regreso, a la crónica de Onetti. Este vaivén introduce la cuestión del valor de verdad de este contra-discurso, de su pretensión de dar cuenta de la realidad, uno de los núcleos problemáticos para la crítica que se ocupó de esta literatura.

En el capítulo 4 propondremos una revalorización de la «novela social» latinoamericana, en particular de aquella con fuertes acentos anti-imperialistas, apoyándonos en sugerencias del crítico norteamericano John Beverly. Creemos que estas obras representan un momento de florecimiento del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales, que en ese período se expandió por toda América Latina. Dentro de este planteo, analizaremos la novela *El tungsteno*, del escritor peruano César Vallejo, publicada en Madrid en 1931 por la Editorial Cenit, reconocida por su difusión de las ideas de la izquierda marxista, dentro de su colección La Novela Proletaria. *El tungsteno* narra las condiciones infrahumanas a las que se somete a distintos grupos indígenas, para facilitar la explotación de ese mineral, de usos bélicos, por parte de una empresa norteamericana. Durante mucho tiempo, esta novela fue considerada de escaso valor por la crítica, que concentraba sus elogios en la obra poética del peruano. Los motivos de ese menosprecio, basados en la presunción de su escasa elaboración estética y un precario «realismo» estilístico, serán uno de los ejes de nuestra indagación. Mostraremos que *El tungsteno* evidencia una intensa reflexión sobre los recursos formales, en relación con una preocupación por instalar la discusión sobre la nueva situación neocolonial de América Latina

en la esfera pública de la región —y también más allá, en particular, en Europa—. Argumentaremos, entonces, que su aparente simplicidad es, en realidad, el resultado de una cuidadosa elección estética vinculada con ese propósito. Discutiremos también las variadas clasificaciones temáticas que se ha hecho del tipo de novelas del que forma parte *El tungsteno*: «anti-imperialistas», «de las transnacionales»; «proletarias», «indigenistas»; «de las minas», «del petróleo», «de los ingenios», «de las bananeras»; «andinas», «de la selva», entre otras. Esas clasificaciones, que ponen énfasis en los elementos representados —el explotador, el explotado, el recurso natural, el paisaje— se apoyan en el presupuesto de que es en ese aspecto donde pueden encontrarse sus características definitorias. Esta discusión es fundamental para nuestra propuesta acerca del lugar de estas novelas en la construcción del contra-discurso neocolonial sobre los recursos naturales. Argumentaremos que las varias clasificaciones, que se solapan parcialmente, ponen en evidencia la presencia en las mismas de los elementos que caracterizan este discurso. De este modo, esta vasta producción novelística de las décadas del treinta al cincuenta puede considerarse el corpus que lo consolida de manera definitiva, instalando esta manera de entender la historia latinoamericana en el imaginario de la región.

En el capítulo 5, indagaremos en la relación entre el contra-discurso neocolonial de los recursos naturales y la literatura indigenista, con la que comparte una problemática común. Entre otros aspectos, analizaremos su carácter anti-hegemónico —relacionado con la intención «reivindicatoria» que se atribuye a la literatura indigenista— así como su intrínseca «heterogeneidad», es decir, el hecho de tratarse de una literatura producida y leída por grupos sociales diferentes de aquellos que resultan representados, como ha propuesto el crítico peruano Antonio Cornejo Polar en su trabajo *Escribir en el aire*. Nos apoyaremos en el análisis de la novela *Huasipungo* (1938), del ecuatoriano Jorge Icaza, una de las obras centrales de esta novelística, que cuenta la rebelión de los indígenas a los que se despoja de su parcela de tierra, el huasipungo, para construir una carretera que facilite la explotación de la madera y el petróleo por capitales norteamericanos. También, retomaremos algunos aspectos de *El tungsteno*, dado que su *status* problemático como novela indigenista nos permitirá indagar acerca de cuestiones que hacen a la relación de esta literatura con el discurso que nos interesa investigar. Asimismo, en este capítulo continuaremos la discusión acerca de la caracterización de «realistas» que se ha hecho de este tipo de obras, cuestionando la preeminencia en las mismas de la función «denotativa», es decir, meramente descriptiva, como ha propuesto parte de la crítica. Sostenemos que, por el contrario, en estas obras predominan las funciones «expresiva» y «conativa», es decir, que están marcadas por el interés de poner en escena la subjetividad de los escritores y de interpelar fuertemente a los lectores: son obras sumamente emotivas, que buscan conmover a la audiencia. Esos aspectos, a su vez, están en relación con la cuestión de su intrínseca «heterogeneidad», en la medida en que el exceso de subjetividad, de emotividad, de estas novelas puede entenderse como un intento de acortar la brecha entre los representantes (los escritores, que son intelectuales urbanos) y los representados (los personajes de las obras, que son indígenas), para decirlo con una

terminología en que la crítica literaria se acerca a la política. Todo con vistas a intervenir de manera intensa en la esfera pública: con el propósito de escandalizar, de preocupar, de mover a la acción.

En este sentido, creemos que la literatura indigenista, si bien no puede ser adscrita *in toto* al contra-discurso neocolonial de los recursos naturales, representa un corpus fundamental en relación con la reflexión sobre la situación neocolonial de los países latinoamericanos, al enfocar su mirada en las poblaciones nativas sometidas a las sucesivas oleadas colonizadoras. En este aspecto, seguimos a Said cuando sostiene que los escritores de la periferia neocolonial llevan la historia a cuestas: «Los escritores post-imperiales del Tercer Mundo, por lo tanto, llevan su pasado en su interior (...) como experiencias que pueden reinterpretarse y reorganizarse, a través de las cuales el silencioso nativo de antaño habla y actúa en relación con el territorio reclamado a los colonizadores, como parte de un movimiento general de resistencia (212)». Para los escritores latinoamericanos, entonces, la conciencia de esa historia —conciencia en que la cuestión de las poblaciones nativas es un núcleo de significación fundamental— constituye la condición de posibilidad de la resistencia y de la proyección al futuro, en busca de un provenir descolonizado.

Para concluir, en la Consideraciones Finales exploraremos algunas líneas de continuidad del contra-discurso neocolonial de los recursos naturales, indagando brevemente en la literatura del *boom* y la filmografía latinoamericana. También retomaremos brevemente la cuestión de su presencia en el actual ciclo de protesta ambiental en la región, en que dialoga con discursos ambientalistas clásicos.